

Revista de la Quincena.

Ningun suceso de importancia histórica ha ocurrido en estos quince días, pues no podemos dar semejante calificación á los políticos de mayor ó menor cuantía que por otra parte no son de nuestra competencia. Tarea es esta que con gusto abandonamos á nuestros colegas diarios, pues la que sobre nosotros hemos tomado tiene algo más de pacífica, y tendría sin duda mucho más de estable si á tanto alcanzasen nuestras fuerzas. Porque somos de opinión que algo más engrandecen á las naciones sus glorias literarias que no sus agitaciones y pasiones políticas, pues como dice el Cisne del cristianismo, nadie oye cantar la alondra en los campos de Verona sin acordarse de Shakespeare, al paso que la generación presente ha olvidado ya los nombres de los que allí fallaban el destino de las naciones (1).

Fuerza es confesar que por muchos que sean los males que nuestros trastornos y luchas intestinas nos han ocasionado, los espíritus han recibido un movimiento saludable, y los gérmenes comprimidos del talento una noble fecundación. No hace muchos años que se pasaban temporadas larguísimas sin que los teatros diesen muestra alguna de vida, y ahora vemos renovarse las creaciones dramáticas con pasmosa frecuencia.

Desde los tiempos en que el Sr. Breton mantenía casi solo y á despecho de la censura el peso de la escena española, los nombres de Zorrilla, de la escena española, los nombres de Zorrilla, de Hartzenbusch, Gil y Zárate y Rubí han venido á ilustrar nuestros anales dramáticos. El genio ha sabido remontarse á su propia esfera y vivir con su propia vida, sin tener que mendigar el patrocinio de un magnate, y cuando ha recibido fomento y protección, el poder lejos de abatirle, se ha convertido en noble órgano de la estimación pública. Cualquiera que sean las excepciones y por mucho que haya de oropel y engañosa riqueza entre las joyas literarias que continuamente se ofrecen á nuestra vista, de ningun modo pueden alterar la esencia del hecho que anunciamos, ni mengoscar el justo reconocimiento que del debe resultarnos.

Todas estas consideraciones nos ha sugerido el ver que en el corto plazo de medio mes tengamos que dar cuenta de dos obras originales que no merecen pasarse en olvido ciertamente. Es la primera el *Gran Capitan* del señor Gil y Zárate, á quien entre otras glorias cabe la de ir presentando en las tablas, siempre con la verdad de la historia, rara vez sin las galas y arreos de la poesía, las figuras más notables de los anales de nuestro país. Después de *Guzmán el Bueno*, *Don Alvaro de Luna* y *Carlos Segundo*, estudios todos de prolija severidad y exactitud, ha salido de su pluma un héroe con razón el más popular de su siglo, no ya como capitán hábil y experimentado, no ya como profundo político y estadista, sino como hombre y como caballero. No es muy fácil, sin embargo, reducir á los límites del teatro una figura á quien el trascurso de los tiempos y la imaginación de generaciones posteriores ha despojado en cierto modo de sus contornos humanos para vestirle el manto de los semidioses de la epopeya. La época en que brilló Gonzalo de Córdoba, sus campañas, los hechos particulares de que fueron teatro, la bizarría y pundonor que animaba á los guerreros, tienen rasgos épicos muy marcados y un cierto sabor de antigüedad. Cuando Cañizares escribió su comedia de *Las Cuentas del Gran Capitan*, estaban bastante frescas todavía en la memoria las tradiciones de aquel hombre extraordinario, y por lo mismo sin chocar en gran manera con las ideas recibidas, pudo trazar aquella viva y animada figura que tanto nos agrada y entretiene. En el día el *Gran Capitan* ya no es el mismo, porque su horizonte se han ensanchado y crecido su figura con la ilusión de los años. El análisis mismo de la historia no le ha robado un solo quilate de su grandeza.

Por eso decíamos que el teatro le venia estrecho y de esto provienen en nuestro entender los lunares de la obra. Como Gonzalo ocupa casi todo

el lienzo, la composición del cuadro ha tenido que reducirse y simplificarse demasadamente, y de aquí proviene que la fábula tejida por los amores de Elvira y Nemours, peque de sencilla y poco enredada, al paso que la necesidad de extenderla para que ocupase el espacio de cinco actos, ha venido á ser causa de que á veces se debilite y afloje. El interés por consiguiente no es tan vivo como pudiera ser; defecto de alguna monta en un drama, cuya primera condicion es la de cautivar la atención y tenerla pendiente.

En cuanto á los caracteres y al manejo del asunto el señor Gil ha tenido que luchar con recuerdos aventajados y parangones difíciles que ciertamente no ha igualado en cuanto á la energía de la creación ni al relieve de las figuras. Esto resalta muy particularmente en la escena de las cuentas, débil trasunto de la de Cañizares.

En cambio el asunto todo ha ganado en dignidad entre sus manos, y la entonación general del cuadro se aviene mejor con la imágen que de aquel hombre y aquellos tiempos nos formamos en la imaginación. Si se echa menos falta de brio y atrevimiento en las figuras, en cambio ninguna escasea de verdad y de esmerado dibujo. La de Elvira en especial está tocada con gracia y candor poco comunes. Los detalles todos son muy acabados y perfectos, y apenas hay dicho notable de Gonzalo ó de los suyos que no esté bien traído delante del espectador. La escena de la repartición del reino de Nápoles está asimismo manejada con notable habilidad, y todo el acto cuarto, que pasa en el campamento de Gonzalo, manifiesta gran maestría desde el principio hasta el fin. La elevación moral, la bizarría y espíritu caballeresco de la época han encontrado en el señor Gil un intérprete elocuente y fiel. La versificación es como suele ser la suya: fácil, armoniosa y correcta; la dición pura; el diálogo cortés y lleno de urbanidad.

En suma, aunque no recomendasen á este drama tantas dotes, siempre debería grangearle elogios la atención y severidad de estudios que supone, y que en el señor Gil viene á ser un verdadero culto al arte, un homenaje de rendimiento sincero al saber y á la verdad, y un testimonio irrefragable de honradez literaria.

Bien quisiéramos poder decir otro tanto de la representación, pero de esta vez habremos de interrumpir la para nosotros muy agradable costumbre de elogiar á los actores del *Príncipe*. La amistad misma que con alguno de ellos nos une, nos obliga á usar de franqueza y sinceridad. El modo que tuvo el señor Romea de comprender al *Gran Capitan*, hubiera cuadrado mejor al de Cañizares que no al presente, y el hermoso arranque del cuarto acto no compensa la sobrada naturalidad con que se presentó en los demás. Los demás actores en general también estuvieron inferiores á sus papeles, defecto que sobrelleva mucho más al lado de la envidiable sensibilidad é inteligencia con que supo realzar la señora Díez la delicada y noble persona de *Elvira*. Difícil es en verdad imaginar más gracia, más ternura, más efusión y más finura de modales que los que esta excelente actriz ha desplegado. Los aplausos que mereció fueron justísimos, y nosotros nos complacemos en ser órganos del voto público en esta ocasión.

Reverso de la medalla ha sido en todo y por todo el *Novio de Buitrago* representado también en este coliseo, *vaudeville* acomodado más bien á las localidades españolas, que no á las costumbres ni caracteres de por acá; obra de hilvan y de talleo desde el principio hasta el fin; pero graciosa y entretenida á más no poder, á pesar de las extravagancias y caricatura que en toda ella resaltan, y sobre todo, ejecutada con una maestría é igualdad sorprendentes. Algunas cosas hay de grueso calibre, á propósito de la muger del escribano; pero en el torbellino de la representación pasan por alto, y aquel diabólico Don Rafael, que Don Julian Romea representó tan á lo vivo, dando con ello una palpable muestra de la variedad y extensión de su talento, desarmaría al crítico más zóilo del universo.

En la Cruz hemos visto la comedia *Honra y Pre-*

vecho, del Sr. Rubí, que ciertamente no acarreará al autor tanto de lo primero ni á los actores la mitad de lo segundo que la *Rueda de la Fortuna*. El *aliquando bonus* del gran Homero podía aplicarse muy bien á este joven poeta en la presente ocasión, pues ni los caracteres, ni el manejo de la acción, ni la verosimilitud de las situaciones pasan de medianos los unos y de dudosa la otra. La facilidad de la versificación y tal cual rasgo oportuno sembrado acá y acullá por la pieza adelante es lo único que en conciencia pudiéramos atribuirle, si solo por conjeturas hubiésemos de discurrir.

En la ejecución se distinguió el Sr. Caltañazor, á cuyo beneficio se estrenó la función, en su atortollado y sándio papel. El Sr. Lombía y la Sra. Perez merecen también alguna alabanza. Los demás no acertaron á congraciarse al público.

De las *Travesuras de Juana*, de los Sres. Doncel y Valladares, última novedad de este teatro, no damos cuenta en este lugar por haberse suspendido su representación hasta el día que S. M. concorra á este coliseo en las próximas funciones reales. Aunque la excelente acogida que esta comedia ha encontrado en el público la primera y única noche que se ha echado prevenga en cierto modo nuestro juicio, no por eso dejaremos de emitirle imparcial en la revista próxima. Nada importa que llegue un poco tarde, si con él podemos en conciencia premiar la aplicación de estos dos jóvenes autores, y convertirnos en eco del público aplauso.

En el Circo ha estado bastante ociosa la compañía lírica, pues en todo el mes que va corrido desde nuestra segunda revista ninguna partitura nueva ni siquiera nuevamente puesta en escena nos ha ofrecido, á pesar de que hace mucho tiempo que se está hablando de la *Linda de Donizetti*.—La compañía de baile nos ha regalado con el de La Niña mal guardada, bien bailado por la señora Duval y mejor silbado del público. Hemos oído decir que esta joya es de los tiempos de los Caños del Peral: tan allá no alcanzan nuestros recuerdos, pero más de diez años ha que lo vimos en una capital de provincia de segundo orden. He aquí el secreto de la pública desaprobación, porque al lado de Gisela no es posible tolerar una composición tan fría y escasa de imaginación por bien ejecutada que esté. Hemos visto con gusto que no se ha repetido la función, en lo cual la empresa ha dado una muestra honrosa de deferencia al voto del público.—En cambio las representaciones de Gisela, á pesar de lo repetidas que van, no han dejado de estar concurridísimas ni de gustar su protagonista cada día más.

Muy recientemente se ha estrenado en una función extraordinaria la composición titulada la *Aurora*, en que la Sra. Guy Stthephan ha recogido nuevos laureles en su papel, bastante distinto de las Willis. Este baile no tiene ningun género de interés dramático; pero el público estuvo muy entretenido y satisfecho, como lo estará siempre que esta joven bailarina tome parte. La nueva prueba que acaba de hacer de sus facultades realza la opinión que ya merecía, y los aplausos del público lo manifestaron á las claras. Los demás actores estuvieron también muy felices. Así aquel aparato fatal de lámparas y belones que apareció al final de la función no hubiese venido á destruir la ilusión de todo punto recordándonos que todo era artificio de telon adentro! No fué pequeño quebranto, pues sabido es que la última impresión en el teatro debe de ser la más favorable.

Por fin la hermosa estatua ecuestre de Felipe IV que estaba en lo reservado del Buen Retiro adorna ya el paseo nuevo de la Plaza de Oriente. De desear es que la obra entera se acabe pronto porque entonces tendrá Madrid un lindísimo *square* que cercano á palacio y al teatro mejor no podrá menos de venir á ser con el tiempo el barrio de la gente más lucida si las casas se prestan á ello. Lástima es que las estatuas que antes coronaban á palacio no tengan mejores pedestales y punto de vista mejor acomodado á sus dimensiones

ENRIQUE GIL.

(1) Chateaubriand.—Congreso de Verona.